

VIII Jornadas de Jóvenes Investigadores
Instituto de Investigaciones Gino Germani
Universidad de Buenos Aires
4, 5 y 6 de Noviembre de 2015

Javier Nuñez

UBA. Licenciado en Ciencia Política

Javier_n@ymail.com

Eje 6 Espacio social, tiempo y territorio

Crisis, barrio y saqueadores, en torno a la memoria de los saqueos del 2001 en sectores populares del Gran Buenos Aires

Palabras clave: Saqueos 2001- Memoria- Saqueador- Barrio.

Introducción

“Los muros mismos no se olvidan, el pavimento se volverá cómplice y transmitirá signos y sonidos; el aire no olvidará”

La frase de Michelet supone –seguramente en exceso- que los acontecimientos del pasado pueden ser incorporados por completo a través de un presente que constantemente se ve obligado a citarlo porque su aparición no puede ser eludida: a través del espacio, *ese* pasado logra irrumpir o permanecer. Esta ponencia –que trata de la memoria de los saqueos del 2001 en sectores populares del Gran Buenos Aires- buscará arribar a esa difícil relación entre pasado y presente, en íntima vinculación con la apropiación del espacio.

El 2001 constituye una de esas fechas con la fuerza suficiente para justificar periodizaciones y que, al mismo tiempo, goza de cierto anclaje en la memoria colectiva. Ahora bien, para los sectores populares del Gran Buenos Aires, diciembre del 2001 está íntimamente relacionado con los saqueos. Este trabajo no da cuenta ni del 2001 ni de esos saqueos, sino de la memoria de los mismos en esos sectores.

Como objetivo general, nos propusimos abordar cómo la memoria del 2001 articula tanto reconstrucciones como recuperaciones del pasado al tiempo que establece cierta proximidad o

distancia respecto a los saqueos del 2001. Como objetivos secundarios, buscamos avanzar en tres aspectos involucrados en el recuerdo:

- 1) ¿Cómo aparece la situación individual de ese momento a los sujetos?
- 2) ¿Qué consecuencias trae que el recuerdo se localice en el barrio?
- 3) ¿Qué alteridades se ponen en juego?

Estos objetivos se operacionalizaron en: 1) la propia condición socio-económica al momento de la crisis; 2) el barrio como espacio del recuerdo y 3) las alteridades involucradas en el recuerdo.

Sin embargo, pronto quedó clara la dificultad de mantener la distinción proximidad/distancia como un continuo en el que se ubicarían los entrevistados. El cruce con los contenidos de las tres dimensiones –en especial cuando se le otorga al espacio centralidad- arrojó diferentes resultados y equilibrios.

En esta ponencia exploraremos la hipótesis de que la memoria de los saqueos del 2001 de sectores populares del Gran Buenos Aires articula el recuerdo de la condición socio-económica del momento con su localización en el barrio y con una serie de alteridades. La crisis como hito de la trayectoria laboral y, principalmente, la apropiación del espacio del barrio habilita la presentización de los sucesos, cuanto una relación con la alteridad del saqueador en la que predomina fuertemente la distancia y la representación de los sucesos.

Por supuesto, esto obliga a ir complejizando las relaciones entre el tiempo y el espacio, mostrando como por momentos favorecen ciertas representaciones y temporalidades, al tiempo que ocultan otras.

Esta ponencia resume un trabajo realizado durante la cursada del Seminario *Procesos de (des)encaje y movimientos sociales: reconfiguraciones de identidades colectivas* de la Carrera de Sociología.

Marco teórico

Con el fin de concentrarnos en el análisis, vamos indicar muy brevemente algunas cuestiones teóricas. Por lo menos desde Halbwachs (2004), la sociología se ha ocupado de la memoria colectiva y en íntima relación con las representaciones sociales. Ahora bien, una cuestión que

aparece pronto es si el recuerdo responde a una reconstrucción del pasado –“reconstruir no es reencontrar”, decía Halbwachs- o a una supervivencia propia de ese pasado. El privilegio de esta segunda dimensión se ha dado en corrientes de origen teórico-filosófico bien dispares (el vitalismo (Bergson, 2006), la Escuela de Frankfurt (Benjamin, 2009), la fenomenología (Husserl, 2002)) aunque no tanto al interior de la sociología. La ponencia buscará lidiar con los límites de ambas determinaciones, reducidas a los nombres de *representación* y *presentización*. El problema de decir que la representación vuelve a construir lo sucedido es que no puede evitar caer en un tiempo *continuo, homogéneo y vacío* en el que el pasado como tal no se recupera ante la falta de una experiencia del mismo. El problema de suponer que la presentización arroja, sin más, lo que ocurrió es que el análisis deviene abstracto: no solo se pierde el momento desde el que el pasado puede ser *citado* sino que separa a los olvidos de su objeto.

Podría parecer que la experiencia de esa irrupción del pasado deja demasiado lejos –por lo menos teóricamente- a las representaciones colectivas (Ricoeur, 2004). Y, en efecto, es probable que sea así. Para evitar, aquí, esta discusión, veremos hacia el final la importancia de asumir que tras la presentización y la representación se confunde la forma de la *imagen*. Al actuar como mediación, la imagen permitirá comprender la relación entre ambas instancias sin que pierdan su carácter contradictoria. Desde aquí será posible seguir utilizando –para dar cuenta de la dimensión de la representación- las clásicas categorías de Jodelet (Jodelet, 1975) de *objetivación* y *anclaje*.

Resaltando la importancia de la localización de la memoria, Halbwachs decía que el espacio auxiliaba a la reconstrucción en tanto era una “realidad que dura”. Pero, si es así, no puede ser un continuo cartesiano, extendido linealmente desde cada conciencia, sino un sitio apropiado, modelado según la praxis (Lefebvre, 1978). El espacio se produce, no está por fuera de la acción aunque tampoco de sus contrafinalidades. Ni el tiempo ni el espacio son plenos en sí mismos: tienen olvidos y fragmentaciones que merecen centralidad. Veremos que la conformación del barrio como espacio apropiado juega un rol fundamental tanto en el recuerdo como en el olvido de los saqueos.

El barrio *Las Colinas* –donde se realizaron las entrevistas- pertenece al Partido de Esteban Echeverría, ubicándose en su periferia. Se ha expandido en los últimos años más que la provisión de servicios, en especial de luz y cloacas, lo que se deja ver en las quejas de los entrevistados respecto al municipio. La zona donde viven la mayoría de los entrevistados no

cuenta con grandes hipermercados aunque si con comercios de cierto tamaño para no pertenecer a grandes cadenas. Más adelante nos referiremos un tanto más a la trayectoria laboral de los entrevistados.

Finalmente, qué ocurre con la alteridad y su rol tras los episodios. El saqueo es, ciertamente, un hecho extraordinario, que por su propio peso pareciera exceder lo cotidiano con la suficiente fuerza como para constituir un hito significativo. Como dice Jelin (2002): “las rupturas en esas rutinas esperadas involucran al sujeto de manera diferente. Allí se juegan los afectos y sentimientos que pueden empujar a la reflexión y a la búsqueda de sentido” (p.27). Conviene, empero, ser cautelosos: en lo que a lo extraordinario se refiere, la forma excede al contenido, parafraseando a Marx. En términos clásicos de *acción colectiva*, la acción específica (el saqueo) debería ser lo más fácil de encontrar. No obstante, veremos en el análisis que es más difícil de lo que parece. En cambio, el *quienes contra quienes* es más fácil de definir; más allá que los relatos incluyan distintas alteridades (policías, el municipio), la contraposición entre el saqueador y los vecinos –matices aparte- es relativamente clara. En esta oposición, quien es saqueado (el comerciante del barrio) suele quedar del lado de los vecinos y, por tanto, del entrevistado. ¿Qué sucede con la *demanda*? Veremos que se recuerda lo suficiente de la crisis como para que esta entregue el contenido de la demanda, más allá de que se la justifique o no.

Metodología

El material del trabajo consiste en 18 entrevistas semiestructuradas realizadas en el barrio *Las Colinas* del municipio de Esteban Echeverría en noviembre del 2014. En la guía de pautas predominaban ampliamente las preguntas de tipo abierto. Las entrevistas apuntaron a recabar información acerca de distintos ejes, no solo respecto a la memoria del 2001.

Las cuotas de los entrevistados fueron definidas por edad (mayor o menor de 36 años) y por género. La edad de los entrevistados va desde los 18 años hasta los 55. Diez de los entrevistados son mujeres.

Durante el análisis tuvimos en cuenta otras dos segmentaciones. Primero, la edad de los entrevistados al momento de los saqueos. La mitad tenía menos de 16 años cuando ocurrió la crisis. Segundo, la situación laboral de los entrevistados en la actualidad y en el 2001. Respecto a lo primero, prestamos atención a aquellos entrevistados ocupados, no ocupados y

desempleados y, luego, si los que trabajan estaban en condiciones de formalidad. Para la situación en el 2001, tomamos en cuenta a los padres en el caso de los menores de 18 de ese momento. Distinguimos entre aquellos afectados por el desempleo, quienes no perdieron su trabajo pero lo vieron seriamente afectado y quienes solo padecieron la falta de circulante.

Tanto la primera dimensión (la situación socio-económica hacia la crisis) y la tercera (las alteridades) incluían una gran pluralidad de aspectos. La situación individual en el 2001 fue operacionalizada teniendo en cuenta: 1) si el entrevistado había quedado desempleado o había tenido dificultades laborales; 2) si había tenido problemas relacionados con la falta de circulante; 3) cuál había sido su actitud frente a los saqueos. Así, se espera poder distinguir el recuerdo de los años 90', la situación hacia diciembre del 2001 y los episodios puntuales de saqueos. La dimensión de las alteridades fue operacionalizada distinguiendo las figuras de los saqueadores, los saqueados, quienes se movilizaron, la policía y empleados municipales¹.

Marco histórico

Sobre el 2001 se ha dicho mucho, en especial desde el punto de vista de la explosión de un cuarto de siglo neoliberal. En términos de acción colectiva, durante la crisis se dieron tres tipos de manifestaciones: piquetes y manifestaciones de trabajadores desocupados; saqueos y, finalmente, un conjunto formado por cacerolazos, asambleas, manifestaciones de ahorristas, etc. (Pereyra, 2008).

El fenómeno de los saqueos enlaza el punto culmine de la crisis del 2001 con la de 1989. En ambos casos se presentó una fuerte crisis económica, un cambio forzado de gobierno y una pugna entre facciones de sectores dominantes (Basualdo, 2011). A la instancia de crisis, se agregan –en el caso de los saqueos- toda una serie de dinámicas y de “relaciones clandestinas” (entre parte de los saqueadores, la policía e hipermercados)” (Auyero, 2007).

A diferencia del 89', los saqueos del 2001 se interrelacionaron con otras movilizaciones y contribuyeron a un impacto político-institucional mayor. En el Gran Buenos Aires, los saqueos comenzaron varios días antes de las jornadas decisivas del 19 y 20 de diciembre.

¹ Seminario: Procesos de (des)encaje y movimientos sociales: reconfiguraciones de las identidades colectivas. Segundo cuatrimestre, 2014.

Equipo de Trabajo: Maneiro, María; Bertotti, María Carla; Farías, Ariel Hernán; Nardin, Santiago.

Estudiantes: Bernatene, Julieta Abril, Camero, Lara, García, Eliana, Jacquet, Mario Damián, Poli, Jesús Nahuel, Martínez, Dacio, Martón, Noelia, Nuñez, Javier, Pua Ulloa, Gloria

En términos de la experiencia para quienes no participan de ellos pero son sí testigos, el saqueo implica un acontecimiento repentino que interrumpe fuertemente lo rutinario. El saqueo es de por sí un fenómeno que se exagera a sí mismo y que consigue en la rápida circulación de rumores una forma eficaz de propagación, aunque sea más imaginaria que real.

El 2001 sintetiza diferentes procesos, dinámicas y prácticas. Ahora bien, en la memoria de quienes fueron involucrados, *solo* son los saqueos lo que gozan de centralidad, colocándose bien por delante del conjunto de lo que sucedía.

Experiencia y cronología

Antes de pasar al recuerdo del impacto económico de la crisis, conviene detenerse un momento en la edad de los entrevistados. Como consecuencia de las cuotas, la mitad de los entrevistados tenía 30 años; tres incluso menos de 20. Por tanto, todos tenían menos de 16 al momento de la crisis. Podría concluirse, entonces, que o esos entrevistados no recordarían prácticamente nada o, a lo sumo, que sólo podrían repetir lo que los mayores le han contado.

Sin embargo, no es el caso de estas entrevistas. Lo que deja verse en la amplia mayoría de entrevistados menores en el 2001 es que hay *inmediatez* entre los individuos y los acontecimientos: en el relato, no son los terceros los que cuentan que sucedía; si ellos están presentes, es porque se recuerda que también estaban ahí. En otras palabras, los terceros participan del recuerdo tanto como los entrevistados: unos y otros son parte del acontecimiento observándolo.

Resalta, entonces, que el recuerdo es de *la experiencia que uno mismo mantuvo en el 2001*; no de lo que se contó después. Coexisten representaciones y presentizaciones en la memoria de los entrevistados. Ninguno –se insistirá– saqueó, ninguno experimentó el saqueo como protagonista; es cierto, pero eso no impide que todos puedan ser considerados, aunque sea mínimamente, como *testigos*.

Este simple cruce con la edad ya nos muestra que, por más fuerte que pueda ser el predominio de la reconstrucción, por tanta fuerza que pueda realizar el presente sobre aquello que persista del pasado, debe darse alguna coexistencia con la imagen de uno mismo involucrado en los episodios.

La crisis a nivel individual

Decir que a través de la historia laboral que la crisis participa de la experiencia del individuo puede parecer sin más una obviedad. Al fin y al cabo, el 2001 es eso: una crisis. Reconocerlo no quiere decir que no haya que insistir en sus efectos; es decir, qué consecuencias trae en el recuerdo que la crisis llegue, primero que nada, a través del trabajo.

Conviene, antes de pasar a lo que los entrevistados dicen, tener en cuenta su situación laboral en la actualidad y en el 2001. Respecto a lo primero –y más allá de las diferencias entre ellos (trabajadores formales, estudiantes, desempleados, jubilados)- cabe retener que más allá de las dificultades económicas o de servicios públicos que los entrevistados digan tener, ninguno de los entrevistados consideró que formaba parte de los sectores *más* desfavorecidos. Al mismo tiempo, ninguno de los entrevistados consideró que todos los demás estuvieran en mejores condiciones.

Esto nos indica que la definición que los entrevistados hacen de ellos mismos deja espacio para concebir alteridades por arriba y por debajo; así cómo es evidente que existen sectores en mejores condiciones, también lo es que existen otros que están peor.

Si nos trasladamos al momento de la crisis, la amplia mayoría de los entrevistados habían sido afectados directamente por el desempleo o por condiciones laborales seriamente empeoradas. Solo cuatro tuvieron únicamente problemas de acceso a circulante. Ninguno dijo no haber sido afectado en absoluto.

Creemos que los relatos respecto a la dimensión económica de la crisis dejan ver dos cuestiones:

- 1) que en la mayoría de los casos *predomina la presentización sobre la reconstrucción* del recuerdo;
- 2) *que los entrevistados mantienen más proximidad que distancia* respecto a esta dimensión – la económico/laboral- de la crisis.

Antes que nada, es importante señalar la relación entre esta dimensión y la que involucra al saqueador. Si todos los entrevistados se pronunciaron sobre el impacto económico de la crisis, también es cierto que el tránsito al saqueo suele ser súbito. Para saber cómo la crisis afectó a cada uno individualmente, es necesario preguntar al respecto; para saber algo sobre los

saqueos, basta con mencionar el 2001. La dimensión económica e individual de la crisis posee, en el conjunto del recuerdo del 2001, menos eficacia que la del saqueador.

Ahora bien, si tiene poca eficacia, también es cierto que suele apuntar con mayor claridad al impacto que tuvo la crisis. En otras palabras, indica mucho mejor que la dimensión centrada en la alteridad la persistencia del pasado. La crisis es un elemento de por sí significativo; se lo puede intentar asimilar a otro momento histórico –sea antes o después- pero nada permite que la crisis –entendida como un empeoramiento general de la situación socioeconómica de cada uno a la vez que de todos- solo pueda ser pensada en *otros* términos. Influya mucho o poco en la reconstrucción, tiene su contenido propio con el que la representación debe lidiar.

Hay diferencias, empero, en cómo se la relata. Al fin y al cabo, fue padecida de maneras diferentes: algunos quedaron desempleados, otros hicieron “changas”, unos pocos solo tuvieron dificultades para conseguir circulante.

En términos generales, creemos que debe resaltarse la distancia entre 1) aquellos a quienes el desempleo afectó directamente (vale decir, a ellos o algún integrante del núcleo familiar) y a quienes vieron su ingreso reducido, por un lado, y 2) quienes solo padecieron la falta de circulante, por el otro.

En efecto, el contraste entre unos y otros aparece rápidamente. Aquellos que solo tuvieron problemas de circulante reconstruyen el pasado de forma tal que sea el presente antes de la actualidad: es decir, no es que el pasado llegue hasta hoy en día; es que el presente tiene tanta fuerza como para que quienes hoy están mal, ya lo estuvieran ayer. Las mismas alteridades del presente reaparecen en el 2001, aunque este tiene el peso suficiente como para empeorar la situación de todos. Si la crisis reaparece, la descripción de los vecinos se da, de todos modos, desde la distancia: no suele haber precisión, ni detalles; predomina un abismo entre uno mismo y quienes fueron más afectados. Por tanto, el recuerdo termina siendo deshistorizante: los otros están mal hoy, ayer estaban peor, aunque no son más que distintos ejemplos de una misma abstracción.

En cambio, en las descripciones de quienes quedaron desempleados o tuvieron graves problemas laborales, la crisis aparece desde otra perspectiva. Ya no es un universal abstracto, sino que el desempleado –por momentos uno mismo, en algunos casos un contemporáneo- encarna la situación del momento: participa de un proceso que lo excede pero el recuerdo lo

ubica en situaciones puntuales. Se mencionan conversaciones, se definen vecinos, se recuerdan perspectivas –para peor- del momento.

Nada de esto quita que se presente una instancia en que lo que se recuerda de la condición socioeconómica hacia el 2001 valga poco, incluso nada. Pero, por lo menos en los contenidos que pertenecen a esta dimensión, haber estado desempleado (o por lo menos haber estado en un momento pésimo de la trayectoria laboral) genera una diferencia respecto a quienes solo tuvieron que sufrir la falta de circulante. Todo se da sobre el fondo de una crisis imposible de eludir y, a partir de allí, comienzan las diferencias. Si solo nos quedáramos con esta dimensión, creeríamos que esas distancias entre entrevistados son insalvables: hay quienes dicen que el hambre los afectó en lo personal, otros que se las arreglaron como pudieron y, finalmente, quienes ubican a la crisis como un fenómeno que llega a través de los otros.

La Plaza y el barrio

Sin embargo, ocurre todo lo contrario con los saqueos: los relatos son bastante homogéneos entre ellos. Veremos más adelante que en esa uniformidad y en la relación entre las tres dimensiones, la apropiación del espacio juega un rol central, aunque con más de un sentido. Conviene, sin embargo, hacer un rodeo: presentaremos primero someramente su determinación en pos de resaltar su importancia, pasaremos luego a las alteridades para después volver sobre el barrio.

La diferencia entre lo que se dice del 2001 en el barrio y en Plaza de Mayo resalta desde el comienzo la importancia del espacio para la persistencia del recuerdo.

La distancia aquí es, sin más, inmensa. Se esperaría que el entrevistado rápidamente hiciera referencia a la sucesión de presidentes, al helicóptero, la montada o la represión. Sin embargo, es muy difícil que se los mencione, digamos, espontáneamente. Es verdad que muchos recuerdan el helicóptero si se lo sugiere. En todo caso, es sumamente difícil que se nombren acciones puntuales. Ninguno participó de las manifestaciones de esos días.

Nada de esto sucede con la memoria de los saqueos: frecuentemente se definen comercios, calles, ubicaciones. El saqueador en tanto que tal no es preciso (y eso es, también, fundamental); nada de eso impide que persista por lo menos el recuerdo del acontecimiento como momento significativo.

No obstante, si prácticamente no se dice nada sobre Plaza de Mayo, sí se mencionan otros barrios. Varios entrevistados dijeron que lo peor ocurrió *en otro barrio*; otros reconstruyeron parte del saqueo que atestiguaron con imágenes conocidas de la televisión. Poco importa, puesto que lo central es que el recuerdo está anclado en la experiencia vivida en *este* barrio: son los vecinos que permanece en las esquinas, aunque nada sucede; es quedarse por el día encerrado viendo que pasa por televisión.

En consecuencia, el recuerdo como un todo –es decir, como un episodio protagonizado por saqueadores, saqueados y por sobre todo testigos- guarda proximidad. Digamos más: otras representaciones se subordinan a la centralidad del barrio como espacio. Recordar imágenes de otros saqueos tiene precisamente ese efecto: situar a los saqueos en un lugar de por sí similar al propio. Ahora bien, es así porque se da un espacio apropiado, del que se participa en el día a día. No sabemos todavía si quien saqueó es un próximo; sí que ocurrió *en* un lugar que lo es.

¿Quiénes saquean?

Pasemos, ahora sí, a la alteridad del saqueador. Si hay algo común a todo los entrevistados es que ninguno reconoció haber participado de los saqueos, ni siquiera de haber aprovechado alguna situación ya consumada. ¿Debemos concluir un fuerte predominio de la distancia en lo que refiere a la alteridad del saqueador? Tajantemente sí; pero hay que comprender qué implica esa distancia: *no es solo que no se haya participado del saqueo sino que este solo pueda ser hecho por alguien más*. En otras palabras, el entrevistado no puede reconocerse a sí mismo en el saqueador.

¿Ni siquiera lo comprende? No hay que exagerar la lejanía. Los casos en los que entrevistados no se identifican pero si entienden al saqueador son interesantes para comprender como se produce la distancia:

“R: Si, yo tengo mi cuñada, que en ese entonces estaba embarazada y que los amigos iban y saqueaban y ella les recibía las mercaderías, y ella estando embarazada, y le decía yo a Erika: “Erika, pero, ¿era necesario?” (...) “Sí”, me dice, “era muy necesario”, “andabas con una zapatilla apenas”, me dice, “el que tenía era porque trabajaba y trabajaba bien, pero el que no trabajaba o tenía nada”. Ahora el que no trabaja puede, puede, se mantiene, pero antes no” (Analía, 18 años).

El fragmento es interesante por sus desplazamientos: en un primer momento, hay proximidad en tanto es la cuñada de la entrevistada la que saqueó. Luego, se lo reprocha: ¿saquear estando embarazada? Y una línea después regresa fugazmente a la proximidad: la entrevistada transforma el relato de la cuñada en la descripción de una situación social. Por tanto, podríamos concluir que la entrevistada está en un punto intermedio entre proximidad y distancia: ella comprende por qué se saqueaba, pero el reproche indica que ella no lo hubiera hecho. Esto último nos parece fundamental para demostrar el predominio de la distancia aún en los fragmentos donde se matiza con la proximidad. La entrevistada comprende el saqueo, pero en tanto ocurrió en el 2001, no en el día de hoy. Ese es el desplazamiento de la última línea: hoy es posible “mantenerse”; ayer no. De ahí que las condiciones que habilitan el saqueo no son ni actuales y –por la edad de la entrevistada- tampoco reales; en otros términos, ella está frente a una situación en la que no debe tomar partido. Aun cuando se comprenda la acción del saqueador, ese *contemporáneo* es lejano.

Este extracto ya nos arroja un parámetro sencillo desde el que comparar la dimensión de la alteridad con la de la condición económica en el 2001. En ese caso, las variaciones ocurrían sobre un fondo de proximidad: la crisis es un fenómeno que, en distinto grado, le sucede a todos. En cambio, en lo que refiere a la alteridad, se da precisamente lo contrario: el saqueo *no solo no lo protagoniza ninguno, sino que es necesario que fuera así.*

Existen, desde luego, otras formas de narrar los saqueos. El caso de recién está en un extremo de proximidad. Otros muestran fácilmente la coexistencia de reconstrucciones (el conocido ejemplo del saqueo de televisores); en otros casos, los entrevistados dan mayores definiciones, describen casos concretos y a protagonistas específicos. En todos se repite el predominio de la distancia sobre la proximidad, desde el más absoluto reproche hasta cierto intento de comprensión (como veíamos antes), pasando por identificaciones con los comerciantes saqueados de la zona.

Se dirá que nos han faltado personajes; vale decir, que no solo hay saqueo y saqueador sino también representantes del Estado (policías) y vecinos defendiéndose de los saqueos. Por desgracia, no hay mucho que decir sobre los policías. Se reitera la escasa presencia policial pero se lo complementa con cierta mirada indulgente que describe a los efectivos superados por los acontecimientos.

Como era esperable, respecto a los vecinos que se movilizan ante los saqueos se da la proximidad, es decir, el reconocimiento de una acción meritoria. Así, el vecino está entre uno

mismo y el saqueador, pero claramente del lado del entrevistado. Lo mismo ocurre con los comerciantes: incluso los entrevistados pueden narrar los saqueos desde la perspectiva del saqueado. Hubiera sido interesante contar con entrevistados que se hubieran movido, tal vez arrojaría representaciones distintas de los demás testigos y del espacio; por desgracia, solo nos topamos con una descripción poco aprovechable.

Vimos antes que los entrevistados padecieron de maneras distintas el 2001: algunos desocupados, otros con problemas laborales, unos pocos solo por la falta de circulante. Sin embargo –y sin importar esas diferencias– la distancia respecto al saqueador predomina en todos. Por lo tanto, *la proximidad o la distancia con la crisis a nivel individual no impide que el saqueador sea siempre lejano.*

Es necesario no dejar pasar dos consecuencias que se deducen de aquí. Primero, que encontramos un límite a la eficacia de la primera dimensión; sin importar qué tanto haya de presentización o de reconstrucción en el recuerdo puramente individual, este encuentra un límite infranqueable en la alteridad del saqueador, por los menos en el caso de nuestros entrevistados.

Segundo, si la alteridad del saqueador no responde a lo que a cada uno le ocurría, si ciertamente no es lícito deducirla de una actualización del 2001, entonces *solo podremos comprenderla por la coexistencia de representaciones colectivas más recientes.*

Esto nos permite volver a la conocida distinción de Jodelet entre objetivación y anclaje. El contenido individual de la crisis, el barrio y el saqueador, nos han entregado el contenido objetivado del saqueo del 2001. Hace falta –aunque sea someramente– reconocer ahora otras representaciones en las que queda anclado. Esto nos volverá a exhibir la importancia de la alteridad y, en especial, del espacio. Por razones de claridad y extensión, vamos a pasar rápidamente por el saqueador y nos vamos a concentrar en el espacio.

Algunos pocos puntos, entonces, acerca saqueador. Hay tres características de quien es saqueado que conviene retener. Primero, quien saquea realiza una conducta fundamentalmente anómica. Seguramente, una de las razones que impide la proximidad con el saqueo no es solo que no se lo quiera reconocer como una conducta propia sino que *auténticamente* se lo conciba como reprochable. Segundo, el saqueo no puede ser hecho por un individuo en solitario: eso, más allá del contexto, no es sino un robo. La representación del saqueo implica el reconocimiento de una acción colectiva, en particular de grupos de

existencia esporádica para un objetivo inmediato. Se dirá que preexistía una organización o que no; lo importante es remarcar que la representación del saqueo –realizado por los testigos, desde ya- *involucra una posición individual frente a un conjunto*. Tercero, sin importar si el saqueador ha elegido ser tal o simplemente aprovecho la oportunidad, en ese momento se encuentra en una situación económica más acuciante que el entrevistado; en otros términos, queda inserto en aquellos a los que “le falta trabajo”. A la inversa, quien se lo representa recupera para sí esa cultura –por más que su situación laboral sea similar al saqueador. Por un momento, la distancia generada por la alteridad, deja a la, digamos, cultura del trabajo del lado de los propios.

A partir de estas tres características del saqueador se abren varias posibilidades que solo mencionaremos. Primero, permanecer en el ámbito de las representaciones y profundizar qué tanto el carácter anómico del saqueo determina la alteridad; en otros términos, profundizar las determinaciones que surgen de las representaciones que los sujetos ya traen sobre quienes realizan acciones contrarias a la ley.

Segundo, abordar las prácticas tras esas representaciones que se dan en la actualidad. Por lo menos desde el punto de vista significativo, parecieran darse vínculos entre la representación del saqueo y las que refieren de modo genérico a la inseguridad.

Volvamos a la relación entre dimensiones. La última característica del saqueador pareciera indicar algunas relaciones entre la primera (la condición individual en el 2001) y la alteridad. En términos de proximidad o distancia o de presentización/reconstrucción de lo sucedido, ambas dimensiones son contradictorias. Pero en términos puramente de sus contenidos, la trayectoria laboral no se opone a esa imagen de los saqueadores sino que contribuye a consolidarla. La relación entre los recuerdos de lo que a cada uno le sucedía en el 2001 y la distancia con los saqueadores es, entonces, necesariamente ambigua: tienen el potencial de contraponer la relación de cada una de las dimensiones con los acontecimientos y sus protagonistas pero también de complementarse a favor de la dimensión de las alteridades.

Espacio por dos

De la acción específica del saqueo queda muy poco. Asimilar tanto el saqueo al saqueador no deja mucho más que la impresión de algo fuera de lo común. El carácter disruptivo alcanza para explicar, en parte, la persistencia del recuerdo pero no mucho más. ¿Podemos recurrir a

esa relación por la que el trabajo, permitiendo el retorno de un pasado, contribuye a que se lo pierda bajo la alteridad del saqueador para explicar la memoria de los saqueos? No queremos hacer de la apropiación del barrio ni una constante fácil de marginar ni una contingencia que podamos descartar. Al contrario, creemos que las contradicciones y ambigüedades con las que nos hemos ido topando devendrán inteligibles cuando a la dimensión espacial le otorguemos centralidad.

Son varias las cuestiones que devienen incomprensibles si dejamos por fuera el espacio. En efecto, se recuerdan los saqueos y no la Plaza de Mayo. Por otro lado, los mismos contenidos parecieran arrojar –según lo veamos- la proximidad y la distancia; permitir la presentización como forzar la reconstrucción. Y, al fin y al cabo, la crisis como fenómeno económico individual –que aparece como próxima- y los saqueadores –que son distantes- se ubican en el mismo espacio.

Lo que hay que explicar es cómo el espacio:

- 1) Consolida la alteridad.
- 2) Fija el recuerdo.
- 3) Auxilia a que la distancia predomina sobre la proximidad.

Algunas entrevistas podrían parecer incompatibles con lo que hemos dicho hasta aquí. En efecto, suelen ser los entrevistados que más se alejan del barrio –que más reprochan su situación general y a los vecinos que viven en él en especial- quienes son capaces de formular contenidos más ricos respecto a los saqueos (cierto que con fuertes reconstrucciones también). Y, para complicarnos aún más, son esos mismos entrevistados quienes resaltan –elogiosamente- la actitud de vecinos que decidieron movilizarse frente a los saqueos. Sin embargo, si les prestamos mayor atención, clarifican la relación entre la crisis, el barrio y los saqueadores.

¿Cómo aparece el barrio en el momento de los saqueos? Como un lugar hostil. También –y esto es más importante- como uno del que ha sido necesario replegarse debido a ese peligro. El barrio está apropiado; se vive en él, no es un simple continuo que rodea al entrevistado: no es, incluso más, no puede ser ajeno. Ahora bien, tampoco puede ser ocupado en ese momento: se ha producido una retirada. Como mencionábamos, existe la posibilidad de pasar de aquí a las prácticas que sustentan esas representaciones y es probable que tal análisis reúna la memoria de los saqueos del 2001 con las representaciones de la inseguridad en la actualidad.

Mantengámonos, de todas formas, en los saqueos. ¿Qué le ha sucedido al espacio? Estamos ante su duplicación sin que haya perdido unidad. El *barrio* como tal guarda una existencia como lugar apropiado, ligado a la praxis de cada sujeto aunque crecientemente como *phantasma*, una silueta o condición virtual. Y luego está la *calle* que por la invasión de ciertos grupos gradualmente avanza de los márgenes a la centralidad del espacio. La periferia pasa a estar constituida por cierto pasado, que guarda la representación de una relación auténtica y originaria. El clivaje entre el barrio como idealización y la calle como estado de cosas reprochable está detrás del predominio de la distancia y del saqueador sobre la crisis y lo extraordinario del saqueo. Para peor, aún su recuerdo, su actualización, ayuda a que predomine la distancia.

Así, las prácticas –sean las de ayer, sean las de hoy- permiten que el barrio sea tanto un recuerdo como una realidad apropiada. Ahora bien, desde un punto de vista subjetivo, es decir, de la experiencia, *es uno solo*: un espacio apropiado.

Queda, sin embargo, una pregunta: ¿por qué permite la presentización y no sólo la reconstrucción? Halbwachs tenía razón: “el espacio dura demasiado”, siempre más que la acción que recordamos. No es extraño, entonces, que los entrevistados recuerden claramente los saqueos y no lo que pasaba en Plaza de Mayo: tienen el escenario de los acontecimientos frente a sí. ¿Quiere decir esto que la apropiación del espacio alcanza para que ocurra la presentización? No sería lícito asumir que el barrio que está en el recuerdo es idéntico al de la actualidad, en especial porque no se trata de un monumento y porque está sujeto a cambios en la relación de los individuos con él.

Ahora bien, el barrio –en tanto forma parte del recuerdo de los saqueos del 2001- no es simplemente la retención de lo circundante: se ha constituido en *imagen*. Mejor dicho: en términos puramente prácticos, debe seguir siendo esa aprehensión cotidiana de lo que sucede alrededor. Pero también es una representación de lo que fue –o de lo que se cree que fue- y de lo que debería ser. Por eso, a través del espacio, aparecen diferentes temporalidades, deformadas, moldeadas, pero disímiles al fin. Si no es correcto hacer del espacio una dimensión geométrica, tampoco lo es incluirlo sin más a lo largo del tiempo. Lo que da el espacio es el marco –no el social de Halbwachs- sino el escenario del recuerdo.

Conclusión

Los saqueos suceden en la imagen que se tiene del barrio que está modelada tanto por lo que cada individuo ha hecho del barrio como la apropiación del mismo que es producto de determinaciones sociales y económicas que los exceden.

¿Quiere decir que los espacios de hoy no son los espacios de ayer? Al contrario, y eso permite entender cómo el espacio permite a la vez actualizar un contenido y reformularlo. En tanto es parte del recuerdo del 2001, el espacio es una imagen del pasado. Hoy es una realidad práctica de la que se participa aunque de forma contradictoria: el barrio es en parte ajeno y en parte propio; es el espacio de cierta cotidianeidad pero habitado por alteridades que se rechazan. ¿Cómo existe esa visión del otro? Evidentemente como representación colectiva, por más que este dada en un espacio que se reproduzca de forma práctica. Si es representación, entonces es también –desde el punto de vista de la subjetividad de los actores- una imagen: de ellos, de nosotros y de donde estamos ubicados. Lo que nos termina por exhibir la relación entre el pasado y el presente del 2001: *no solo se confunden espacios sino también la forma misma de la imagen* aunque a partir de determinantes y temporalidades diferentes.

Cuando tiempo y espacio dejan de ser continuos, cuando se encuentran dislocados formando una unidad compleja, entonces las mediaciones entre el recuerdo del pasado y las representaciones colectivas cobran inteligibilidad; siguen siendo contradictorios pero no irracionales. No porque se descarte una de las determinaciones a favor de la otra sino porque permite mostrar sus equilibrios inestables.

El espacio duplicado –en su apropiación práctica y su imagen fantasmal- nos permite superar una serie de aporías, tanto propias de una teoría de la memoria como del recuerdo de los saqueos del 2001 en particular. En efecto, nos permite ir más allá del hiato entre la retención fenomenológica y la imagen, en última instancia, entre la percepción y las representaciones sociales. Auxilia, también, a comprender la coexistencia de diferentes temporalidades incrustadas siempre en el presente de forma tal que la actualidad no quede reducida a la sucesión de un tiempo continuo, homogéneo y vacío. Finalmente, y aquí está lo más concreto, ayuda a captar las relaciones disímiles con el barrio, desplegadas tanto en su apropiación como en su aparición en el tiempo sin que por eso deje de ser espacio.

Bibliografía

-Auyero, J. (2007). *La zona gris*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Basualdo, E. (2011). *Sistema político y modelo de acumulación*. Buenos Aires: Atuel
- Benjamin, W. (2009). *La dialéctica en suspenso*, Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Bergson, H. (2006). *Materia y memoria*. Buenos Aires: Cactus
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Caracas: Anthopos.
- Husserl, E. (2002). *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna de del tiempo*. Madrid, Trotta.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*, Madrid: Siglo XXI.
- Lefebvre, H. (1978). *Necesidades profundas, necesidades nuevas de la civilización*, Barcelona: Península.
- Jodelet, D. (1975): *La Representación Social*. En Moscovici, S.: *Psicología Social*, Buenos Aires: Paidós.
- Pereyra, S.: (2008). *¿La lucha es una sola?* Buenos Aires: Universidad nacional de General Sarmiento.
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.